

Ateneo), es cómo llega a darse cuenta de la deficiencia del doctrinarismo, y cuando intenta aplicarlo, por ejemplo, en la reforma constitucional del 45, trata de darle un sentido de continuidad histórica y de democracia más directa y menos burguesa que en Francia. Por otra parte, no vacila en entenderse patrióticamente con personalidades tan distintas del cuño de un liberal doctrinario, como Narváez, cuando lo cree necesario para que España siga existiendo.

El tránsito al tradicionalismo no parece ser producto de un golpe violento —la supuesta conversación religiosa de tipo paulino es más bien, como se ve por sus propias manifestaciones, producto de una lenta y madurada evolución y lo mismo ocurre en lo político—, sino manifestación visible en la que sale a la superficie el resultado de una larga reflexión sobre las deficiencias del doctrinario, esto lo ha visto particularmente bien Díez del Corral en el hermoso capítulo que dedica a Donoso en el «Liberalismo doctrinario». Pero, a su vez, del mismo modo que antes la soberanía de la inteligencia se movía un poco en el vacío, ahora sus constantes invocaciones a los valores permanentes del catolicismo, y, en último término, a la voluntad de Dios, también nos dan la sensación de hallarse un tanto desconectados de ciertas dimensiones de la realidad. No me refiero, sobre todo, a la realidad política inmediata que maneja con agudeza, sino, por una parte, al curso general de la historia (que fuerza un tanto en sentido pesimista pro-

videncialista como antes lo manejaba en el sentido intelectualista) y a la dolorosa ceguera española por lo económico. Si consideramos que su llamada «conversión» religiosa es, simplemente, la radicalización de su implícito catolicismo heredado, veremos que su transformación política opera en una dirección análoga radicalizando la dimensión monárquica organicista y ampliamente europea que había ya en su muy peculiar forma de doctrinarismo. La muerte del hermano y otros casos a los que oscuramente alude en lo religioso, el derrumbe de la monarquía doctrinaria francesa en lo político, han sido el agente catalizador y el momento de expresión visible de una maduración evolutiva que estaba ya en marcha desde el principio, por lo menos desde las lecciones del Ateneo. Y, en el fondo, su doctrinarismo y su tradicionalismo son la radicalización personal y nacional de las ideas francesas (y remotamente inglesas) en el primer caso; también francesas (y en parte indirectamente alemanas) en el segundo, entonces vigentes en muy valiosas minorías europeas. Por último, su catolicismo de tipo maduro y reflexivo y al tiempo hereditariamente español, pone un freno a los desbordamientos de tipo heterodoxo en que habían caído algunos legitimistas franceses, y su severo sentido moral le permite admitir dignamente rectificaciones en este sentido. Con razón se le ha llamado «un De Maistre más genial y ortodoxo».

(Continuará.)

